

Aliana González

Ser la voz del pueblo desde la misma acera

La Iglesia y su papel en tiempos de crisis

Hablar en nombre del pueblo es una práctica usual de muchos políticos y dirigentes. El problema radica en que no hablan ni en su lenguaje ni desde su realidad, no asumen sus propuestas, ni llegan a comprender las causas y razones de sus conflictos. Pero sobre todo, la piedra de tranca la colocan cuando no se comprometen ni se identifican con el pueblo que representan, por lo que no defienden los intereses del ciudadano común. No son la voz del pueblo. Y esta es una de las causas de la crisis que hoy nos agobia: la tan nombrada ilegitimidad del sistema. La Iglesia, consciente del peligro que esto significa, viene insistiendo desde hace tiempo en la urgencia de lograr el diálogo. Pero sobre todo, no se ha cansado de decir que es necesario que políticos y dirigentes "escuchen" al pueblo. Tal condición, ha pasado de petición a mandato, ha recorrido todos los matices gramaticales y ha sido dicha en los contextos más diversos, con la autoridad moral que tiene la Iglesia. Ser oídos, es la exigencia que la gente hace desde hace tiempo ante los oídos sordos del gobierno. Y la Iglesia tuvo la capacidad de escuchar esta aspiración y de unir su voz a la de tantos otros, que no tienen acceso a los altos niveles de poder y decisión. Tomó partido del lado de la gente y se ubicó delante de los dirigentes, que miran al pueblo "desde la acera de enfrente", frase ya famosa del Obispo Auxiliar de Caracas, Mario Moronta.

UN GOLPE DE ESTADO Y DOS DOCUMENTOS

Tres Asambleas —una extraordinaria y dos ordinarias— ha sostenido la Conferencia Episcopal de Venezuela durante el convulsionado 1992. En todas las oportunidades, la mirada del país ha estado centrada en cada respuesta, en cada señalamiento formulado. Pocas veces ha tenido un Obispo a tantos feligreses pendientes de su homilía, o un púlpito más alto, que aquel que le ha dado el hablar desde la acera donde vive la gente.

En este sentido —y ello se puede leer en el contenido de los documentos que han presentado al país— la jerarquía de la

Iglesia ha sabido desempeñar su papel de pastores, al señalar con el ejemplo, cuál es el compromiso que debe asumir todo cristiano ante la injusta realidad que vive el país, así como la importancia que tiene el comenzar a asumir posiciones, para dejar de ser agentes pasivos ante una situación tan abrumadora como la que hoy nos golpea.

Quince días antes del 4 de febrero, la Conferencia Episcopal llamó al país a la "conversión" para poder salir de la crisis, en su documento "Constructores de la paz", producto de su primera asamblea del año. El llamado al cambio iba dirigido sobre todo a los dirigentes, a fin de terminar con la situación de violencia y enfrentamiento que vive el país, y traía la petición de una tregua para el diálogo, señalando que el mismo estaba imposibilitado por la aparente sordera oficial e indiferencia ante las peticiones del pueblo. Tras denunciar las variaciones de la crisis moral, económica y política que nos sacude, los Obispos hicieron entonces una exhortación a todos "desde el Presidente hasta el más humilde obrero", a convertirse en "constructores de la paz", advirtiendo que "sin una respuesta pronta y efectiva a estas urgencias no habrá paz social, con los consiguientes peligros de anarquía o de tentaciones a soluciones de fuerza"

Con el intento de golpe —que confirmó semanas después la seriedad de la advertencia hecha por los Obispos— tampoco se le limpiaron los oídos a los dirigentes, a pesar de que aquel día, los cañones retumbaron fuerte en todo el país. Tampoco los dos cacerolazos —que sonaron durísimo y fueron tan contundentes, como el llamado de los Obispos a la conversión— hicieron mella en los tapados canales auditivos de los políticos. Esta pared contra la cual se estrellan por igual denuncias y reclamos, que desde hace tiempo construyeron alrededor de las instituciones que gerencian nuestra democracia, sigue más fuerte que nunca, y no hay documento —ni tanque— que pueda tumbarla.

A partir del 4 de febrero la Iglesia asumió un papel de vanguardia en los difíciles momentos que trajeron aquellos

días y a pesar de encontrarse en situaciones complejas, por lo impredecibles, los Obispos involucrados supieron actuar con verdadero tino y valentía, evitando —como ocurrió en la ocasión del traslado de los militares insurgentes del Cuartel San Carlos a la Cárcel de Yare— que tuvieran lugar mayores desgracias. Con su posición decidida, los Obispos supieron entonces defender la democracia, porque se involucraron en la posibilidad de construir salidas. Tomaron partido y no le tuvieron miedo a equivocarse. Se "convirtieron", para transformarse en "constructores de la paz", como dice el documento que dirigieron a todos, desde el Presidente hasta el más humilde obrero. En él también los Obispos, estaban incluidos.

EL MIEDO ANTE LA EXPECTATIVA

Muchos dirigentes soñarían con tener aunque sea una parte de la credibilidad con la que hoy cuenta la Iglesia. Muchos políticos desearían despertar —en las aburridas intervenciones que realizan ante el Congreso, o en sus repetidas declaraciones a la prensa en búsqueda de polémica y centimetrage— la expectativa que despiertan los documentos de la Conferencia Episcopal ante la opinión pública. Pero esta atención del país entero es peligrosa, porque produce en aquel que la acapara, el temor a equivocarse. Ser protagonista del acontecer nacional resulta complicado, porque entrega a estos actores una responsabilidad muy grande. La Iglesia, con sus posiciones valientes y acertadas, se convirtió en constructora de la paz, —vale decir del futuro, de la esperanza—. Y todos los ojos del país se colocaron en ella y en la posibilidad del diálogo que avizoraba el llamado "Acuerdo Nacional".

Sin embargo, la Conferencia Episcopal se tambaleó durante la asamblea extraordinaria realizada a mediados de junio y dejó a Pro-Venezuela la dirección del diálogo que el país le exigió ejercer. "No queremos hacer determinaciones o definiciones sobre aspectos que son muy contingentes, de tipo técnico, político o económico. Nuestro papel es el de animar el proceso, sin comprometernos indebidamente en ciertas exigencias. Queremos mantener la identidad del servicio pastoral que nos corresponde", afirmó el presidente de la Conferencia Episcopal, Ovidio Pérez Morales, ante una rueda de prensa que estuvo signada por el sentimiento de frustración que produce el ver al gallo por el que se apuesta correr en la pelea.

En el documento entregado en aquella oportunidad, impusieron algunas condiciones al acuerdo. También advirtieron que si no observaban la necesaria dispo-

sición para el diálogo en los diversos actores, así como la posibilidad de cambio y la aceptación de todos los sectores de la vida nacional en este encuentro, la Iglesia sería la primera en retirarse. Pero la posición de "colocarse a un lado", en lugar de tomar las riendas, imposibilitó el que la voz del pueblo —en la que se había convertido la Iglesia en aquellos días— tuviera la fortuna de tomar decisiones importantes, que permitieran construir en la acción, un verdadero camino para la paz.

Más que el temor de perder su autonomía o involucrarse en instancias que no le corresponden, parece que una de las razones cruciales en la negativa de la Iglesia a dirigir el Acuerdo Nacional, fue la certeza de que el mismo no llegaría a ninguna parte. Ya se sabía que sectores importantes no darían su brazo a torcer en las negociaciones y que muchos asistirían al diálogo, con la condición de no perder sus privilegios. De ser así, cabe preguntarse: ¿No hay salida pacífica? ¿Será a responder a esta pregunta, que la Iglesia tuvo miedo? ¿Fue honesto respaldar un Acuerdo Nacional, que desde sus inicios se intuía que fracasaría?

No habría contradicción con el mensaje esperanzador que debe traer la Iglesia, al aceptar este reto y proponerse como mediadora de un verdadero Acuerdo Nacional. Para ello debía primero denunciar a aquellos que no desean entablarlo y fijar estrategias para la discusión, muy diferentes a las que han signado a estos 34 años de democracia, todas excluyentes de las mayorías. Se trataba sólo de tomar posición —ya en la acción y no sólo en la palabra— de parte del pueblo y desde su propia acera.

¿DONDE ESTA TU HERMANO?

Un "Urgente llamado a la acción" que se pregunta en el título "¿Dónde está tu hermano?" es el último de los planteamientos de los Obispos, producto de la segunda asamblea ordinaria de este año. (Véase la sección "Documentos" de este Nº de SIC). Después de quince días de críticas, producto de la actitud poco clara de la última asamblea extraordinaria, la jerarquía recuperó su rumbo, y volvió a acomodarse del lado de la acera donde sufre la gente. Retomó el discurso del pueblo, para increpar desde allí a los dirigentes a hacer efectiva la verdadera democracia que requerimos para salir de la crisis.

Al definir en este documento el papel de la Iglesia —que fue objeto de debate a raíz de la asamblea extraordinaria de mediados de junio— afirman que han hecho una opción preferencial —no exclusiva—



César Trujillo

por los pobres. "No eludimos ni rechazamos nuestro compromiso en esta hora tan particular y exigente, como tampoco actuamos de manera populista para agradar a algún sector de la sociedad y ganar su favor... Nos preocupa más la verdad, la coherencia entre fe y acción, entre palabras y obras, que el aplauso o el rechazo", indican, en clara respuesta a las últimas críticas. Reafirman que la jerarquía de la Iglesia no se desentiende de las situaciones humanas y que el servicio pastoral de los obispos, y de toda la Iglesia, exige "nuestra participación en las diversas tareas de recuperación del país, desde nuestra misión, pero con profundo sentido del bien común y de servicio a la dignidad de todos y cada uno de los venezolanos".

El papel que en estos tiempos debe asumir la Iglesia, ha sido objeto de un debate profundo en la jerarquía, y el resultado ha sido francamente interesante y esperanzador. Sin embargo, no puede tener miedo el bateador al aplauso, cuando logra anotar carrera, porque de eso se trata en el juego. No habla la Iglesia en nombre del pueblo, para lograr ganar puntos en la colectividad —éste ha sido justamente el error de los políticos—. Habla en nombre del pueblo que no tiene voz, para transmitir un mensaje doloroso y angustiado, pero también para comenzar a ejecutar acciones. Porque la denuncia repetida, de tanto estrellarse contra la pared de la indiferencia oficial, puede convertirse en mayor apatía y en mayor desesperanza.

LA NECESIDAD DE ACCION

Si la Iglesia opta preferencialmente por los pobres, y se sienta en la acera desde la que el pueblo aguarda alguna solución, debe hacer algo para ayudarlo a convertirse en actor de sus propias salidas a la crisis.

No puede, simplemente, repetir el lamentado dolorido del pueblo que pide justicia, porque el reclamo que no encuentra eco, se desgasta. Si la Iglesia se sienta

junto al pobre que espera por turno en el hospital, o que pide una audiencia con un Alcalde para solicitar agua para el barrio, no puede permitir que pasen los días, y persista la negativa a ser atendido. Se trata de urgencias y hay que buscar salidas. En la última Asamblea, la Conferencia Episcopal convocó a la reunión a los dirigentes de los barrios populares, a los grupos de derechos humanos y a los miembros de la Iglesia que trabajan desde la base. Por primera vez, los Obispos reunidos escucharon juntos al pueblo. Con el ejemplo —ya convertido en acción— le dieron una interesante lección a los políticos, porque permitieron que una institución que no se caracteriza precisamente por su democracia interna, comenzara a abrirse y a consultar para la toma de sus decisiones, en instancias tan importantes como el pueblo mismo. También anunciaron que Pro-Venezuela, después de algunos titubeos, aceptó incluir en las reuniones del Acuerdo Nacional a los sectores populares. Pero ¿llegarán los señalamientos hechos desde la base a cambiar a aquellos que se niegan a perder sus privilegios? Todo depende de lo colectivo que sean estos señalamientos y del respaldo que el pueblo entero, le delegue a estos representantes.

El incluir al pueblo en la discusión del Acuerdo Nacional, es un triunfo evidente de la Iglesia, y un paso interesante —ya en la acción— en la búsqueda de soluciones. Podría aprovecharse esta coyuntura para comenzar a propiciar discusiones en todas las comunidades, para que este debate, se convierta en realidad en un verdadero diálogo nacional. Se trata de colocarse del lado de la acera donde vive la gente, para en conjunto buscar soluciones. Ser pastores y acompañar a la gente en el difícil camino de entender que la acción para el cambio, debe venir desde el pueblo mismo. Iniciar el debate desde la base es un trabajo arduo y urgente, que debe iniciar la Iglesia que ya optó por los pobres. Porque como ya lo han dicho los mismos obispos, "no se puede seguir aplazando el Acuerdo Nacional."